

EL ÁGUILA ABANDONA BRITANIA

SIMON SCARROW

EL ÁGUILA ABANDONA BRITANIA

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: www.edhasa.com
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Eagle's Prey*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

© imagen de la sobrecubierta: Tim Byrne

Primera edición: marzo de 2011
Primera reimpresión: noviembre de 2011

© Simon Scarrow, 2004

© de la traducción: Montse Batista, 2005

© de la presente edición: Edhasa, 2011

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-1888-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

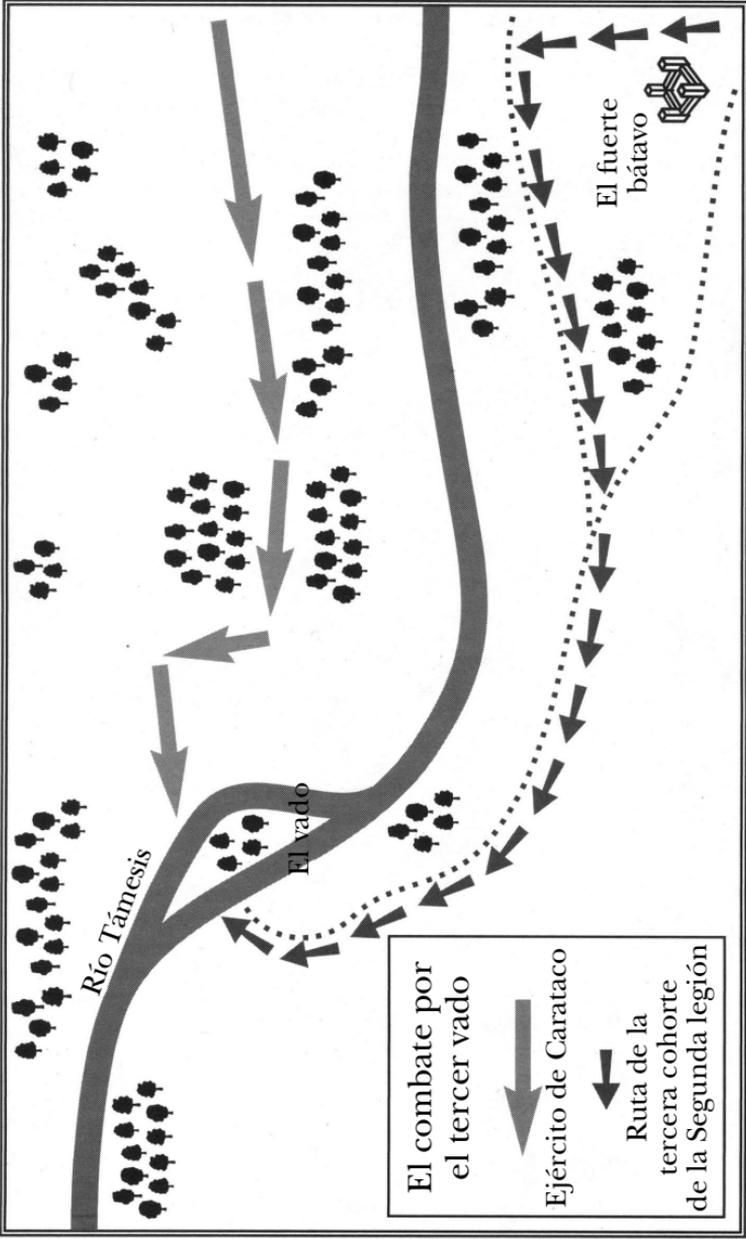
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

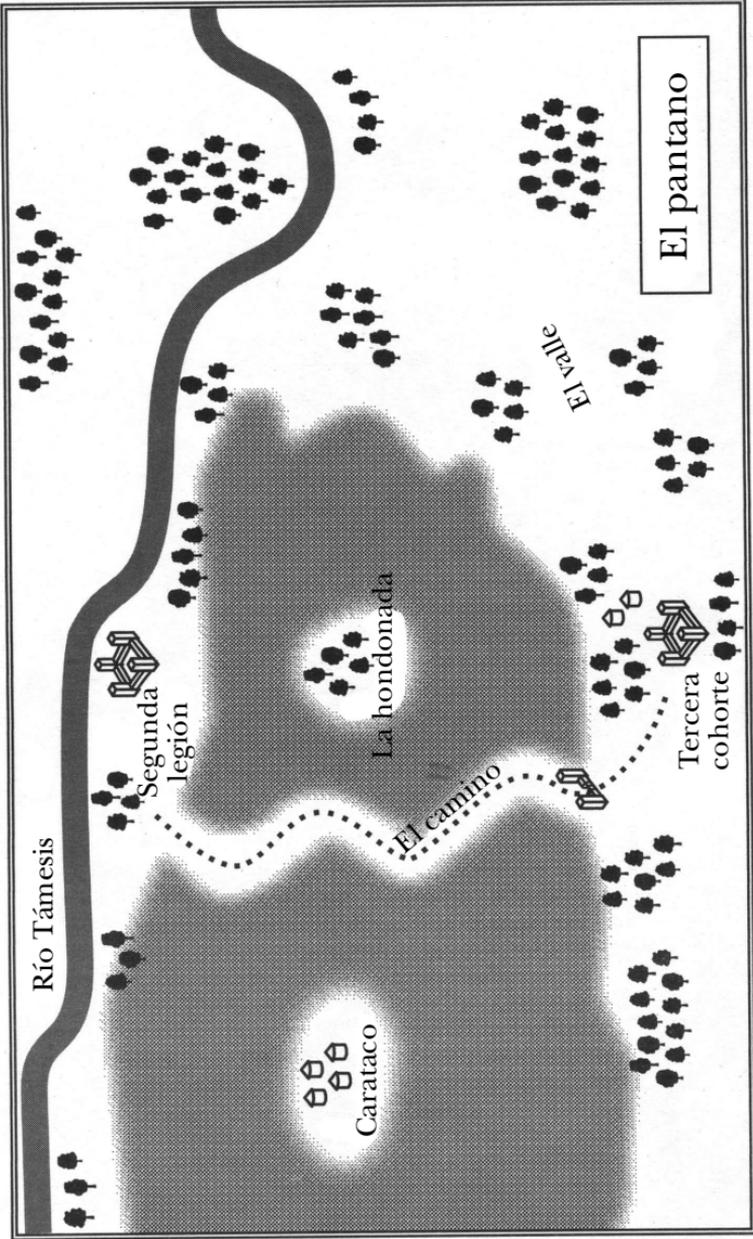
Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-38.863-2011

Impreso en España

*Para mis hermanos Scott y Alex, con cariño y agradecimiento
por todos los buenos tiempos.*





ORGANIZACIÓN DE UNA LEGIÓN ROMANA

Los centuriones Macro y Cato son los principales protagonistas de *El Águila abandona Britania*. Para que los lectores que no estén familiarizados con las legiones romanas tengan más clara la estructura jerárquica de éstas, he expuesto una guía básica de los rangos que van a encontrar en esta novela. La Segunda legión, el «hogar» de Macro y Cato, constaba de unos cinco mil quinientos hombres. La unidad básica era la centuria de ochenta hombres dirigida por un centurión y con un optio que actuaba como segundo al mando. La centuria se dividía en secciones de ocho hombres que compartían un cuarto en los barracones, o una tienda si estaban en campaña. Seis centurias componían una cohorte, y diez cohortes, una legión; la primera cohorte era doble. A cada legión le acompañaba un contingente de caballería de ciento veinte hombres, repartido en cuatro escuadrones, que hacían las funciones de exploradores o mensajeros. En orden descendente, los rangos principales de la legión eran los siguientes:

El legado era un hombre de ascendencia aristocrática. Solía tener unos treinta y cinco años y dirigía la legión durante un lustro como máximo. Su propósito era hacer-

se un buen nombre a fin de mejorar su posterior carrera política.

El prefecto del campamento era un veterano de edad avanzada que previamente había sido centurión jefe de la legión y se encontraba en la cúspide de la carrera militar. Era una persona experta e íntegra, y a él pasaba el mando de la legión en ausencia del legado.

Seis tribunos ejercían de oficiales de Estado Mayor. Eran hombres de unos veinte años que servían por primera vez en el ejército para adquirir experiencia en el ámbito administrativo antes de asumir el cargo de oficial subalterno en la administración civil. El tribuno superior era otra cosa. Provenía de una familia senatorial y estaba destinado a altos cargos políticos y al posible mando de una legión.

Sesenta centuriones se encargaban de la disciplina e instrucción que estructuraban la legión. Eran celosamente escogidos por su capacidad de mando y por su buena disposición para luchar hasta la muerte. En consecuencia, el índice de bajas entre éstos superaba con mucho el de otros puestos. La categoría de los centuriones dependía de su antigüedad en función de la fecha de su nombramiento. El centurión de mayor categoría dirigía la primera centuria de la primera cohorte y solía ser un soldado respetado y laureado.

Los cuatro decuriones de la legión tenían bajo su mando a los escuadrones de caballería, y aspiraban a ascender a comandantes de las unidades auxiliares de la misma.

A cada centurión le ayudaba un optio, que desempeñaba la función de ordenanza con servicios de mando menores. Los optios aspiraban a ocupar una vacante en el cargo de centurión.

Los legionarios eran hombres que se habían alistado por un período de veinticinco años. En teoría, un voluntario que quisiera alistarse en el ejército tenía que ser ciudadano romano, pero, cada vez más, se reclutaba a habitantes de otras provincias a los que se les otorgaba la ciudadanía romana al unirse a las legiones.

Los integrantes de las cohortes auxiliares eran de una categoría inferior a la de los legionarios. Procedían de otras provincias romanas y aportaban al Imperio la caballería, la infantería ligera y otras armas especializadas. Se les concedía la ciudadanía romana una vez cumplidos veinticinco años de servicio o como recompensa por una hazaña destacada en batalla.

CAPÍTULO I

—¿Cuánto falta para llegar al campamento? —preguntó el griego al tiempo que echaba un vistazo por encima del hombro una vez más—. ¿Llegaremos antes de que oscurezca?

El decurión al mando de la pequeña escolta de caballería escupió una pepita de manzana y engulló la ácida pulpa antes de responder.

—Lo conseguiremos. No se preocupe, señor. Calculo que nos quedan unos ocho o diez kilómetros como mucho.

—¿No podemos ir más deprisa?

El hombre seguía mirando por encima del hombro y el decurión no pudo resistir más la tentación de echar a su vez un vistazo al camino. Pero no había nada que ver. La ruta estaba despejada hasta una ensilladura enclavada entre dos colinas cubiertas de espesos bosques que titilaban con el calor. Eran las únicas personas que había en el camino, y así había sido desde que dejaron a mediodía el puesto fortificado de avanzada. Desde entonces, el decurión, los diez soldados de caballería de la escolta que comandaba y el griego con sus dos guardaespaldas habían seguido el camino hacia el enorme campamento avanzado del general Plautio. Allí se habían concentrado tres legiones y una docena de unidades auxiliares para asestarle un último y decisivo golpe a Carataco y a su ejército de britanos reclu-

tado entre el puñado de tribus que todavía estaban abiertamente en guerra con Roma.

Suscitaba una gran curiosidad en el decurión el tipo de asuntos que tendría que tratar el griego con el general. Con la primera luz del día el prefecto de la cohorte de caballería de los tungrios le había ordenado que hiciera entrar en acción a los mejores hombres de su escuadrón y que escoltara a aquel griego y lo llevara ante la presencia del general. Hizo lo que le pidieron y no preguntó. Pero ahora, mientras miraba al griego de reojo, sentía curiosidad.

El hombre rezumaba dinero y refinamiento, aunque fuera vestido con una sencilla capa y una modesta túnica roja. El decurión se fijó con disgusto en que llevaba las uñas muy bien arregladas, y tanto de su cabello oscuro, que empezaba a ralearse, como de su barba, emanaba el aroma de una cara pomada de cidra. No llevaba joyas en las manos, pero unas pálidas franjas de piel blanca mostraban que el griego estaba acostumbrado a lucir una gran variedad de anillos ostentosos. El decurión torció levemente el gesto y catalogó a aquel hombre como uno de esos griegos libertos que con astucia se habían abierto camino hasta el corazón de la burocracia imperial. El hecho de que el hombre estuviera entonces en Britania y de que intentara no llamar la atención, cosa que era obvia, significaba que estaba realizando una importante misión, tan delicada que no se podía confiar en el servicio imperial de mensajería para que realizara la entrega de la misiva al general.

El decurión, de forma discreta, dirigió la mirada hacia los dos guardaespaldas que cabalgaban inmediatamente detrás del griego. Iban vestidos con la misma sencillez y bajo sus capas llevaban unas espadas cortas que pendían

de un tahalí modelo del ejército. Aquéllos no eran los ex gladiadores que la mayoría de hombres adinerados de Roma preferían emplear como guardaespaldas. Las espadas y su porte los delataban y el decurión los reconoció por lo que eran: miembros de la Guardia Pretoriana que trataban, sin conseguirlo, viajar de incógnito. Y eran la prueba definitiva de que el griego estaba allí por asuntos relativos al Imperio.

El funcionario de palacio miró hacia atrás una vez más.

—¿Hemos perdido a alguien? —preguntó el decurión.

El griego volvió la cabeza, borró la expresión preocupada de su rostro y sus labios esbozaron una sonrisa forzada.

—Sí, al menos eso espero.

—¿Alguien sobre quien se me debería advertir?

El griego se lo quedó mirando un momento y sonrió de nuevo.

—No.

El decurión aguardó a que el hombre entrara en detalles, pero el griego lo dejó con la palabra en la boca y miró al frente. El decurión se encogió de hombros al tiempo que tomaba otro bocado de su manzana y dejaba vagar su mirada por la campiña circundante. Al sur, la cuenca alta del río Támesis serpenteaba a través del ondulante paisaje. Unos bosques antiguos abrazaban las cimas de las colinas, en tanto que sus laderas se veían salpicadas con los pequeños asentamientos y granjas de la tribu de los dobunos, una de las primeras que rindió homenaje a Roma cuando las legiones desembarcaron hacía ya más de un año.

Aquél sería un buen lugar para establecerse, rumió el decurión. En cuanto hubiera servido sus veinticinco años y

le concedieran la ciudadanía y una pequeña gratificación, compraría una granja en la periferia de una colonia de veteranos y terminaría sus días en paz. Puede que hasta se casara con la mujer nativa que había recogido en Camuloduno, criaría con ella unos cuantos hijos y se pondría como una cuba.

El cálido consuelo de su ensueño se vio interrumpido cuando de repente el griego frenó su montura y clavó de nuevo la mirada en el camino, entornando sus ojos castaños bajo unas depiladas cejas. Musitando una maldición, el decurión alzó el brazo para detener a sus hombres y a continuación se volvió hacia el nervioso individuo que tenía a su cargo.

—¿Y ahora qué?

—¡Allí! —señaló el griego—. ¡Mira!

El decurión, cansinamente, se dio la vuelta en su silla y el cuero crujió bajo sus pantalones de montar. En un primer momento no vio nada, pero luego, cuando su mirada se dirigió al punto en que el camino desaparecía por encima de la colina, divisó las oscuras siluetas de unos jinetes que salían a toda velocidad de entre las sombras de los árboles. Entonces aparecieron bajo la luz del sol, galopando directamente hacia el griego y su escolta.

—¿Quién demonios son? —dijo entre dientes el decurión.

—No tengo ni idea —repuso el griego—, pero creo que sé quién los envía.

El decurión le lanzó una mirada irritada.

—¿Son hostiles?

—Mucho.

El decurión examinó con ojo experto a los perseguidores, que en aquellos momentos se hallaban a poco más

de kilómetro y medio de distancia: eran ocho, sus capas de color negro y marrón oscuro se agitaban a sus espaldas mientras ellos se agachaban sobre sus monturas y las espo-leaban. Ocho contra trece, sin contar al griego. Tenían posi-bilidades, reflexionó el decurión.

–Ya he visto suficiente. –El griego dio la vuelta para alejarse de los distantes jinetes y clavó los talones en su mon-tura–. ¡Vamos!

–¡Adelante! –ordenó el decurión, y la escolta galopó tras el griego y sus guardaespaldas.

El decurión estaba enojado. No había ninguna nece-sidad de correr de esa forma. Tenían ventaja, por lo que podían descansar sus monturas, esperar a que los perse-guidores los alcanzaran con sus caballos rendidos y todo terminaría rápidamente. Pero claro, cabía la remota posi-bilidad de que alguno de ellos tuviera suerte y arremetie-ra contra el griego. Las órdenes del prefecto habían sido muy explícitas: el griego no debía sufrir ningún daño. Su vida tenía que protegerse a toda costa. Visto así, y por desa-gradable que pudiera resultar, lo mejor era mantenerse fue-ra de peligro, admitió el decurión. Les llevaban un kiló-metro y medio de ventaja y seguramente llegarían al campamento del general mucho antes de que los jinetes les dieran alcance.

Al volver a mirar por encima del hombro, el decurión quedó asombrado de lo mucho que se habían acercado los perseguidores y se dio cuenta de que debían de llevar unas magníficas monturas. Tanto su propio caballo como los de sus hombres eran tan buenos como cualquiera de los de la cohorte, pero en aquellos momentos estaban siendo supe-rados con creces. Con todo, los perseguidores tenían que

ser unos estupendos jinetes para lograr de sus monturas semejante comportamiento.

Por primera vez la duda asaltó al decurión. Aquéllos no eran unos simples forajidos y, a juzgar por su cabello oscuro, su tez morena y sus capas y túnicas largas y sueltas, tampoco eran nativos de la isla. Por otra parte, los miembros de las tribus celtas sólo atacaban a los romanos cuando les superaban ampliamente en número. Además, el griego parecía conocerlos. Aun teniendo en cuenta lo timorato de su raza, el terror de aquel hombre era palpable. Iba por delante del decurión, dando peligrosos botes a lomos de su montura y flanqueado por sus guardaespaldas, que cabalgaban sobre sus animales con mucho más estilo y seguridad. El decurión torció el gesto y sus labios se fruncieron en torno a unos dientes apretados. Puede que el griego se desenvolviera bien en palacio, pero montaba de manera hartamente penosa.

No tardó mucho en ocurrir lo inevitable. Dando un grito agudo, el griego rebotó demasiado hacia un lado y, a pesar de un último y desesperado tirón de las riendas, el impulso lo arrojó fuera de la silla. Sudando, el decurión se las arregló por los pelos para hacer girar a su bestia y evitar que pisoteara al hombre caído.

—¡Alto!

Con un coro de maldiciones y unos alarmados relinchos por parte de los ponis, la escolta se acercó alrededor del griego, que estaba tendido de espaldas.

—Mejor será que el cabrón no esté muerto —refunfuñó el decurión al tiempo que se deslizaba de la silla.

Los guardaespaldas enseguida se pusieron a su lado, erguidos junto al hombre cuya vida les había sido confiada.

–¿Vive? –preguntó uno de ellos entre dientes.

–Sí. Respira.

El griego parpadeó y abrió los ojos, luego volvió a cerrarlos frente al resplandor del sol.

–¿Qué... qué ha pasado? –Y se desplomó otra vez, inconsciente.

–¡Levantadlo! –exclamó el decurión con brusquedad–. Ponedlo sobre su caballo.

Los pretorianos tiraron del griego para ponerlo en pie y lo pusieron de nuevo sobre la silla antes de volver a encaramarse a sus monturas. Uno de ellos tomó las riendas del griego en tanto que el otro sujetó al hombre agarrándolo con firmeza del hombro.

El decurión señaló hacia el camino.

–¡Sacadlo de aquí!

Mientras los tres hombres apretaban el paso hacia la seguridad del campamento del general, el decurión montó de nuevo y se volvió hacia sus perseguidores.

Éstos se hallaban mucho más cerca entonces, a no más de trescientos pasos de distancia, y se desplegaban en forma de V mientras se abalanzaban hacia la escolta que se había detenido. Sacaron unas jabalinas ligeras de sus fundas y las empuñaron por encima de la cabeza, preparados para lanzarlas.

–¡Formad una línea de escaramuza! –bramó el decurión.

Sus hombres se separaron a lomos de los ponis que resoplaban y se extendieron por el camino para enfrentarse a sus perseguidores, todos ellos levantando el escudo para cubrir su cuerpo en tanto que la mano libre hacía descender la punta de su lanza hacia los jinetes que se acer-

caban con rapidez. El decurión lamentó no haber ordenado a sus hombres que trajeran las jabalinas, pero sólo había previsto una cabalgata diurna sin incidentes hasta el campamento del general. Ahora tendrían que hacer frente a las descargas de jabalinas ligeras antes de poder acercarse para enfrentarse cara a cara con el enemigo.

–¡Preparados! –les gritó el decurión a sus hombres, advirtiéndoles de su intención de atacar–. ¡Cuando yo diga... a la carga!

Profiriendo gritos salvajes y espoleando frenéticamente a sus monturas, los auxiliares avanzaron como una oleada y rápidamente fueron adquiriendo velocidad mientras las dos pequeñas líneas se abalanzaban la una contra la otra.

Los jinetes enemigos se dirigían hacia los auxiliares con gran esfuerzo y sin dar muestras de frenar el galope. Por un instante el decurión tuvo la certeza de que arremeterían de lleno contra sus hombres y se preparó para el impacto. El impulso de retroceder se apoderó de ellos con un estremecimiento y la línea aminoró la marcha.

El decurión volvió a poner sus ideas en orden y bramó a diestro y siniestro:

–¡Seguid adelante! ¡Seguid adelante!

Al frente podían distinguirse las expresiones de sus perseguidores: decididas, silenciosas, crueles. Los largos y sueltos pliegues de sus túnicas y capas no dejaban entrever ninguna clase de armadura debajo y el decurión casi sintió lástima por ellos, dada la desigual naturaleza del inminente enfrentamiento. Fuera cual fuese la calidad de sus monturas no podían esperar imponerse uno contra uno a los soldados de la caballería auxiliar, que iban mejor protegidos.

En el último momento, sin que hubiera necesidad de dar ninguna orden, el enemigo hizo dar la vuelta a sus caballos mediante una repentina sacudida y cabalgó a lo largo del frente de la carga romana. Los brazos que sujetaban las jabalinas se echaron hacia atrás.

—¡Cuidado! —gritó uno de los hombres del decurión cuando varias jabalinas salieron despedidas y describieron una baja trayectoria hacia el grupo de escolta. No fue una alocada ráfaga de proyectiles, pues cada uno de los hombres había elegido cuidadosamente su objetivo, y las puntas de hierro de las jabalinas alcanzaron con ruido sordo los pechos e ijadas de las monturas de la caballería. Sólo una de ellas había alcanzado a un jinete en la parte baja del estómago, justo por encima de la perilla de su silla de montar. El decurión se dio cuenta enseguida de que habían apuntado a los caballos de manera deliberada. Algunos de ellos se empinaron, golpeando a los heridos con sus cascos, en tanto que otros respingaron hacia un lado profiriendo estridentes relinchos de terror. Los jinetes se vieron obligados a abandonar el ataque mientras intentaban por todos los medios recuperar el control de sus bestias. Dos hombres fueron desmontados, dando de cabeza contra la seca tierra del camino.

Otras jabalinas surcaron el aire. La montura del decurión se convulsionó cuando una oscura asta se le incrustó en el lomo derecho. El decurión apretó los muslos de forma instintiva contra el cuero de la silla y maldijo a su caballo cuando éste se detuvo y empezó a balancear la cabeza de un lado a otro, arrojando gotas de saliva que volaban bajo la luz del sol. El resto de la escolta se arremolinaba a su alrededor, formando un caos de animales heridos y hom-

bres desmontados que trataban desesperadamente de apartarse de las asustadas bestias.

Muy cerca, el enemigo había agotado sus jabalinas y ahora cada uno de los hombres desenvainó la espada, la *spatha* de hoja larga que era el modelo reglamentario de la caballería de Roma. La situación se había vuelto en su contra y en aquellos momentos la escolta se enfrentaba a la extinción.

—¡Van a cargar! —gritó una voz aterrorizada cerca del decurión—. ¡Corred!

—¡No! ¡No os separéis! —exclamó el decurión a voz en grito al tiempo que se deslizaba por la grupa de su montura herida—. ¡Si corréis estáis jodidos! ¡Cerrad filas! Cerrad filas en torno a mí.

Fue una orden inútil. Con la mitad de sus hombres a pie, algunos de los cuales todavía estaban aturcidos a causa de la caída y el resto batallando por controlar sus monturas, era imposible llevar a cabo una defensa coordinada. Cada uno de ellos tendría que salvarse como pudiera. El decurión se echó a un lado, buscando un espacio abierto que le proporcionara sitio suficiente para blandir su lanza, y clavó la mirada en el enemigo que avanzaba al trote con las espadas apuntando con mortíferas intenciones.

Entonces alguien gritó una orden, en latín.

—¡Dejadlos!

Los ocho jinetes enfundaron sus hojas y, mediante bruscos tirones de las riendas, trotaron en torno al receloso círculo de soldados de caballería, luego ganaron velocidad y enfilaron el camino a galope tendido en dirección al distante campamento de las legiones.

–¡Mierda! –exclamó alguien entre dientes con una explosiva exhalación de alivio–. Nos ha ido de poco. Pensé que iban a cosernos a puñaladas.

Por un momento el decurión compartió instintivamente el sentimiento de aquel hombre, antes de que se le helaran las entrañas.

–El griego... van detrás del griego.

Y lo iban a atrapar, además. A pesar de la ventaja que llevaban, el hecho de que el griego estuviera inconsciente haría que los pretorianos fueran más despacio, por lo que serían rebasados y caerían muertos mucho antes de alcanzar la seguridad del general Plautio y de su ejército.

El decurión maldijo al griego y maldijo su propia mala fortuna por habersele encomendado la protección de aquel hombre. Agarró las riendas del caballo del soldado herido que seguía intentando extraerse la jabalina del estómago.

–¡Baja!

El soldado tenía el rostro contraído de dolor y no parecía haber oído la orden, por lo que el decurión lo sacó de la silla de un empujón y subió al caballo. Se oyó un grito agónico cuando el herido golpeó pesadamente contra el suelo y el asta de la jabalina se partió.

–¡Todo aquel que tenga un caballo que me siga! –gritó el decurión al tiempo que hacía dar la vuelta a su montura y la espoleaba para ir tras sus atacantes–. ¡Seguidme!

Se agachó todo lo que pudo y la crin del poni se agitaba contra su mejilla mientras el animal resoplaba y empleaba todas sus fuerzas en obedecer las salvajes órdenes de su jinete. El decurión echó un vistazo a su alrededor y vio que cuatro de sus hombres se habían separado de los demás e iban galopando tras él. Cinco contra ocho. Eso no era

bueno. Pero al menos no habría más jabalinas, y el escudo y la lanza que llevaba le proporcionarían ventaja contra cualquier hombre armado únicamente con una espada. De modo que el decurión salió a la caza de aquellos desconocidos, embargado por un frío deseo de venganza aun cuando sólo pensara en la necesidad de salvar al griego que había sido el causante de todo aquello.

El camino descendía con una suave inclinación y allí, a unos trescientos pasos por delante, galopaba el enemigo que a su vez iba unos quinientos metros por detrás del griego y de sus guardaespaldas pretorianos, los cuales seguían esforzándose para mantenerlo a lomos de su caballo.

—¡Vamos! —gritó el decurión por encima del hombro—. ¡No os quedéis atrás!

Los tres grupos de jinetes atravesaron el fondo del valle e iniciaron el ascenso por la pendiente opuesta. El esfuerzo que las monturas de los perseguidores habían hecho con anterioridad empezó a hacerse patente cuando la distancia entre éstas y el decurión empezó a menguar. Con creciente excitación triunfante clavó los talones y pronunció unos gritos de ánimo al oído del caballo.

—¡Vamos! ¡Vamos, nena! ¡Un último esfuerzo!

La distancia se había reducido a la mitad cuando el enemigo alcanzó la cima de la colina, perdiéndose de vista momentáneamente. El decurión sabía con seguridad que sus hombres y él los atraparían antes de que pudieran caer sobre el griego y sus pretorianos. Miró hacia atrás y se sintió aliviado al ver que sus hombres lo seguían de cerca; no iba solo hacia el enemigo.

Cuando el camino empezó a descender, a unos cinco kilómetros de distancia por delante de él, apareció el

gigantesco cuadrado por el que se expandía el campamento del general. Unas intrincadas cuadrículas de tiendas diminutas llenaban el vasto espacio delimitado por la pared de turba y las defensas. Tres legiones y varias cohortes auxiliares, unos veinticinco mil hombres, se concentraban para avanzar, encontrar y destruir al ejército de Carataco y sus guerreros britanos. El decurión sólo tuvo un momento para empaparse del espectáculo antes de que su visión se llenara de jinetes que volvían a la carga por el camino y se dirigían a él. No había tiempo para frenar el caballo y dejar que sus hombres le alcanzaran, por lo que rápidamente el decurión alzó su escudo oval y bajó la punta de su lanza, apuntando al centro del pecho del hombre más próximo.

De pronto se halló en medio de ellos y con la sacudida del impacto se le fue el brazo hacia atrás y se le torció el hombro dolorosamente. El asta de la lanza le fue arrancada de entre los dedos y oyó el profundo gruñido del hombre al que había alcanzado cuando el enemigo pasó en un remolino de sueltas capas y crines y colas equinas. La hoja de una espada dio un golpe sordo contra su escudo, rebotando ruidosamente contra el tachón antes de rajarle la pantorrilla. Entonces el decurión pasó entre ellos. Dio un buen tirón a las riendas hacia un lado y desenvainó su espada. Un agudo entrechocar de armas y gritos anunciaron la llegada del resto de sus hombres.

Con la espada en alto el decurión cargó contra el tumulto. Sus hombres luchaban desesperadamente, doblados en número. Mientras rechazaban un ataque se hacían vulnerables al siguiente y cuando su comandante volvió a reunirse con ellos, dos ya habían caído y sangraban en el

suelo junto a la retorcida figura del hombre al que el decurión había atravesado con su lanza.

Notó un movimiento a su izquierda y agachó el casco en el preciso momento en que una espada atravesaba el borde metálico de su escudo. El decurión echó brusca-mente el escudo a un lado en un intento por arrancarle el arma de las manos a su oponente y al mismo tiempo describió un amplio arco con su espada mientras se daba la vuelta para enfrentarse a aquel hombre. La hoja destelló, el hombre abrió los ojos al darse cuenta del peligro y echó el cuerpo hacia atrás. La punta le rasgó la túnica hiriéndole en el pecho.

—¡Mierda! —exclamó el decurión, que golpeó suavemente los ijares de su montura para acercarse poco a poco a su enemigo y asestarle un revés. La intención de acabar con aquel hombre no le dejó ver el peligro que llegaba de otra dirección, por lo que no pudo ver la figura desmontada que corría hacia su lado y le propinaba una estocada en la entrepierna. Sólo notó el golpe, como un puñetazo, y cuando se dio la vuelta el hombre ya había retrocedido de un salto con su espada teñida de rojo. El decurión se dio cuenta enseguida de que se trataba de su propia sangre, pero no había tiempo para examinar la herida. Una mirada le reveló que era el único que quedaba de sus hombres. Los demás ya estaban muertos o agonizaban, a expensas de tan sólo dos de aquellos extraños y silenciosos individuos que luchaban como si hubieran nacido para eso.

Unas manos lo agarraron del brazo que sujetaba el escudo y el decurión fue arrancado salvajemente de su silla, estrellándose contra la dura tierra del camino y sin aire en

los pulmones. Mientras yacía de espaldas, sin aliento y mirando al cielo azul, una oscura silueta se situó entre el sol y él. El decurión sabía que aquello era el final, pero no quiso cerrar los ojos.

Frunció los labios en una mueca desdeñosa.

—¡Venga ya, cabrón!

Pero no hubo ninguna estocada. El hombre dio la vuelta rápidamente y se marchó. Entonces oyó un correteo, un resoplar de caballos y un chacoloteo de cascos, sonidos que se desvanecieron enseguida para dejar paso a los ecos extrañamente serenos de una tarde de verano. El vibrante zumbido de los insectos se veía interrumpido tan sólo por los gemidos agonizantes de un hombre que había sobre la hierba cercana. Al decurión le impresionó el hecho de seguir vivo, de que aquel hombre le hubiera perdonado la vida aun cuando yacía indefenso en el suelo. Respiró con gran dificultad al tiempo que se incorporaba con cuidado.

Los seis jinetes supervivientes habían reanudado la persecución del griego y el decurión sintió cómo un sentimiento de ira amarga invadía su ánimo. Había fracasado. A pesar del sacrificio de la escolta aquellos desconocidos iban a alcanzar al griego y ya se imaginaba el duro rapapolvo que iba a recibir cuando, con lo que quedaba de la escolta, volviera renqueando al fuerte de la cohorte. De pronto el decurión se sintió mareado y con náuseas y tuvo que apoyar una mano en el suelo para recuperar el equilibrio. La tierra estaba caliente, pegajosa y húmeda bajo sus dedos. Miró abajo y vio que estaba sentado en un charco de sangre. Fue vagamente consciente de que esa sangre era suya. Entonces volvió a tomar conciencia de la herida que

tenía en la entrepierna. Le habían cercenado una arteria principal y chorros de sangre oscura brotaban a un ritmo pulsátil para caer sobre la hierba entre sus piernas separadas. Enseguida se llevó la mano sobre la herida, pero el cálido flujo presionaba con insistencia contra la palma escurrendose por el espacio entre sus dedos. Entonces sintió frío y, esbozando una triste sonrisa, supo que ya no había ningún peligro de que el prefecto de la cohorte lo reprendiera. Al menos no en esta vida. El decurión levantó la vista y la dirigió hacia las diminutas figuras del griego y sus guardaespaldas que corrían para salvarse.

La gravedad de su difícil situación ya no le importaba, pues no era más que una sombra parpadeando vagamente por el borde de sus sentidos cada vez más limitados. Se dejó caer nuevamente sobre la hierba y se quedó mirando el cielo azul y despejado. Todos los sonidos de la reciente refriega se habían desvanecido, lo único que se oía era el letárgico zumbido de los insectos. El decurión cerró los ojos y dejó que lo envolviera el calor de aquella tarde de verano mientras la conciencia lo abandonaba paulatinamente.